

casa de contratacion? ni de *sociedad*, teniendo *trato civil?* ni de *sentimientos*, teniendo *afectos?* ni de *genio*, teniendo *ingenio?* ni de *trasporte*, teniendo *enagenamiento y raptó?*

Cesando yo de hablar en mi nombre alguna vez sobre esta materia; imploro la autoridad y juicio de Lope de Vega, quien en alabanza de una cancion de Herrera, que con sola la elegancia de la lengua castellana supo levantar la alteza de la sentencia puramente á una locucion heroica, dice: «Esta es elegancia, esta es blanda, y hermosura, digna de imitar y de admirar: que no es enriquecer la lengua dejar lo que ella tiene propio por lo estrangero, sino despreciar la propia muger por la ramera hermosa.»

ARTICULO IV.

DE LA ELECCION DE LAS PALABRAS QUE FORMAN LA ELOCUCION.

Despues de haber tratado de las palabras en cuanto son instrumentos para hablar con propiedad y exactitud; falta considerarlas ahora con respecto á la elocucion oratoria. Para esto es necesario cierto tacto en su eleccion, escogiendo no solo las mas propias y castizas, las mas autorizadas y claras, sino las mas enérgicas, ilustres, significantes, y escogidas con tanto acierto que su belleza dé luz al orden, y la hermosura del orden dé esplendor á las mismas palabras.

De la habilidad del artifice saca su estimacion la materia mas comun, dándola con su destreza las formas y vista que pide el buen gusto, ó la

comodidad de los compradores. Y como las palabras son la imágen de nuestras ideas; siendo estas nobles y grandes, deberán ser aquellas escogidas como galas para cuerpos nobles. Las selectas espresiones andan unidas con las cosas selectas, y las siguen como la sombra al cuerpo. Y erran seguramente los que creen que se pueden buscar las palabras fuera del asunto: lo que importa es saberlas elegir, y emplearlas cada una en aquel lugar que dé valor y gracia al pensamiento.

Palabras figuradas.—Es cosa maravillosa el ver como unas palabras que se hallan en boca de todo el mundo, y que en sí mismas no tienen hermosura alguna particular, reciben cierto lustre que las separa del lenguaje comun, y las traslada el escritor á objetos que no pueden admitirlas sino por semejanza; y como de esta misma impropiedad saca su fuerza y virtud la locucion.

La palabra *relampaguear*, como efecto de la inflamacion del rayo, es un término propio y sencillo; mas cuando lo usamos para espresar la vista airada de un hombre, decimos: *sus ojos relampaguean*; y entonces los pintamos con mas vivacidad.

Un elocuente historiador, pintando el estado del Asia, despues de las victorias de los Califas, dice así: *El Asia, abrumada por el poder arbitrario, y hollada de bárbaros conquistadores, se divide en vastas soledades: teatro de desolacion y miseria, que no merece los ojos de la historia.* De las palabras *abrumada*, *hollada*, *teatro*, y *ojos*, colocadas y aplicadas por un modo metafórico que personifican al Asia, y despues á la historia, ¡qué viveza, energía y grandeza no toma la espresion de toda la *sentencia!*

Hablando el P. Marquez contra los que faltan á la humildad, ensobreciéndose con las virtudes que poseen, dice: *Hay hombres que, venciendo los incentivos de la sensualidad, dejan descubierto por otra parte el lado al enemigo, quedando soberbios de lo hecho. Otros acosean los deseos ambiciosos; pero de ahí toman ocasion para ser poco recatados, como gentes que no esperan de los reyes.* En la palabra *lado* se figura una accion de guerra, que, refiriéndose á las otras *descubrir* y *enemigo* pinta el descuido de un General que no cubre el costado de sus tropas. *Acosear* es voz comunísima que espresa la accion de patear una cosa, que es el último vilipendio; que será, pues, *acosear* deseos?

Palabras enérgicas.—La energía dice mas que fuerza, y se aplica á los rasgos pintorescos y al carácter de la dicción. Así pues, un orador puede juntar la fuerza del raciocinio, y la energía de la espresion; y entonces, siendo enérgicas las imágenes, serán fuertes las pinturas. Energía es propiamente aquella representacion clara y viva que nos pone los objetos ante los ojos por medio de ciertas imágenes presentadas con sus términos propios que no las confundan con otras.

Del Mariscal de Turena dice un orador en su elogio fúnebre: *Vieronle en la batalla de las Dunas arrancar las armas á los soldados extranjeros, encarnizados en los vencidos con brutal ferocidad.* Bien pudiera haber dicho, y haber hablado correcto y puro, en lugar de arrancar, *quitar*, y en lugar de encarnizados, *enfurecidos*, y en vez de *brutal terrible*. Pero estas últimas palabras; tendrían el mismo vigor y energía que

las primeras? El verbo *arrancar*; no nos representa con cierta evidencia la fuerza y tenacidad con que tenían aquellos soldados empuñadas las armas, y por consiguiente el esfuerzo y poder de quien los desarmó? El epíteto *encarnizados*; no nos presenta la imagen de un lobo que se ceba en los miembros de la presa que tiene debajo de sus pies? El otro epíteto *brutal*; no significa una ferocidad propia de bestias fieras, y no de hombres? Esta feliz eleccion de las palabras nace del vigor de nuestra imaginacion, que sabe dar cuerpo y vida, y movimiento á las cosas que han de hacerse sensibles á los oyentes.

La palabra mas enérgica en estos casos es la mas propia; y siendo la mas propia, es la mas eficaz. Traigamos por egemplo lo que dice otro elocuente escritor hablando de Neron en sus últimos años: *Era un principe gangrenado de vicios.* Podía haber dicho *inficionado* de vicios, pero esta palabra era menos enérgica por tener un sentido mas vago, pues no determina un mal conocido, un mal terrible, irremediable, y patente á la vista: por consiguiente *gangrenado* es la mas propia para imagen de comparacion de lo moral con lo fisico. Podía tambien haber dicho *corrompido*; palabra mas vaga aun é indeterminada, y que por la misma razon que significa mucho en sentido recto y en el figurado, nada espresaria en tal caso. Podía en fin haber dicho *lleno* de vicios: palabra mucho mas vaga y comun, por que, sobre no encerrar en sí un mal sentido, todas las cosas están llenas en la naturaleza, hasta el espacio mismo considerándole matemáticamente.

Dice Moyses en su sublime cántico de la salida

del pueblo de Dios de Egipto: *Enviaste Señor, tu ira que los consumió como una paja.* ¿Que grande y terrible imágen? Una *paja* en un instante la consume el fuego: *consumir* es quemar aniquilando: *consumir* como una *paja* dice una accion instantánea: ¡ y este modo y esta accion contra un egercito innumerable! El language humano no puede representarnos mas formidable y poderosa la ira de Dios, personificada tan valientemente, pues la envia como ministro para el castigo de sus enemigos.

Me parece que bastan estos dos pasages para egemplos de la energia de las palabras; y el análisis filosófico que se ha hecho de su mas ó menos estension para su graduacion comparativa, podrá servir de estudio y regla á los que desean hablar no solamente al entendimiento, mas tambien á los sentidos en donde se han de imprimir las imágenes de las ideas grandes y sublimes.

Para hablar con vigor y energia, no es necesario que la espresion conste de palabras esquisitas y estraordinarias; pero si que estas representen imágenes vivas, aunque sean del uso comun. Hablándose en el Deuteronomio de las promesas y bendiciones que prometió Dios por su profeta á su pueblo si guardaba sus mandamientos, les dice y amonesta con estas vivas palabras: *Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y colgádaslas atadas en las manos por señal, y colgádaslas delante de vuestros ojos, y enseñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas.* Aquí no hay voz esquisita ni noble; pero la fuerza de su energia nace de su aplicacion, y del lugar que ocupan. Atarse las palabras en las manos como cintas, colgárselas en el pecho como veneras

para tenerlas presentes, y enseñarlas ¿ se ha dicho nunca, ni se puede decir mas?

Queriendo pintar la pasion de Cristo el Maestro Marquez, dice: *No le dieron azote que no le tuviera previsto el entendimiento del Padre, sin cuyo permiso ni se moviera contra el hijo la mano del sayon, ni arqueara la ceja el presidente.* Las palabras *arquear* y *ceja* no tienen por sí significacion ilustre, ni por su estructura magnificencia. Pero, que enérgico concepto encierra aquel *arquear la ceja*, y no las cejas, en cuyo leve movimiento se ve cifrada la alta magestad del magistrado, la autoridad del puesto, y su soberbia seriedad. Parece que le vemos gravemente sentado: esta es energia de imágen. De igual naturaleza es este otro egemplo de Fr. Luis de Granada, cuando dice: *De aqui proceden muchas maneras de calamidades y azotes que padecen los malos, los cuales andan en una rueda viva de cuidados, fatigas, y trabajos.* Parece que vemos la rueda del miserable Igión. La propiedad nace de la significacion mas inmediata que tienen con el objeto para la mayor impresion en los ánimos: la cual pierde su fuerza á proporcion que su sentido es mas vago y general. Por egemplo: en la espresion *dañar la honra*, la palabra *dañar* es mas vaga y general, y por consiguiente mas débil que esotra *herir* la honra: porque, ademas de que todas las cosas pueden recibir daño en sentido ya fisico, ya moral; solo las heridas las reciben cuerpos vivos; y ademas de que en este concepto se viene á personificar la honra, se personifica al agente que hiere, por cuanto se representa un arma y una accion solo propia de un viviente. El mismo exámen podemos seguir

en esotra frase: *Anibal derrotó las legiones de Varron*. Podría decirse que las venció: pero la palabra *vencer* es de una significacion mas estensa y ménos viva que derrotar; la cual, ademas de comprender la de vencimiento en el hecho, lleva consigo envuelta la de gran pérdida, ó general destrozo en toda tropa enemiga.

En estos dos egemplos hemos visto que en las palabras *dañar y herir, vencer y derrotar* no hay escelencia conocida entre unas y otras, ni por mas nobles, ni bien sonantes; mas sí por su oportuna aplicacion al objeto, al caso, y á las circunstancias. Todas son comunes y usuales, consideradas por sí solas; pero la eleccion de una, y no de otra, para imprimir una idea fuerte, constituye el nervio de la espresion.

Esta feliz eleccion es mas rara comunmente que un feliz discurso. Á la verdad, si es cierto que la mayor parte de los hombres piensan mejor que hablan ¿á qué se podrá atribuir, sino á la dificultad de hallar los signos mas vivos y propios de sus conceptos? Por esto se experimenta que casi todos conocemos el valor y mérito de la escelente espresion de los buenos ingenios; y no somos capaces de imitarla. Podriamos decir que nos sentimos heridos, y que no podemos herir.

Son opuestas, como hemos manifestado antes, á la energía y nervio de la elocucion todas las palabras indefinidas y generales que no representan los objetos sino bajo de una idea abstracta. Dice cierto autor de nuestro siglo del mal gusto, por manera de simil, esta enfática, afectada, y falsa sentencia. *Mas crece el cedro en un dia que el hisopo en un lustro, porque robustas primicias amagan giganteces.* ¿No era mas claro,

fácil y natural decir: porque el que ha de ser gigante, nace ya muy corpulento? Las palabras *primicia* y *gigantez* tienen una significacion abstracta; usadas en plural, componen una coleccion de astracciones; y la supresion del artículo *las* forma un sentido mas sutil, por no decir vacío, en que no halla de que asirse la inteligencia comun de los lectores.

Otra sentencia, producida por el mismo tenor y en el mismo siglo, leemos en otro autor, que hablando de un rey cuyas acciones debian ser como de tal, cierra su oracion con este epifonema: *sublimidad de acciones, remonte de pensamientos*: pues todo este tenebroso y misterioso laconismo se deshace, y se esclarece, diciendo, ya que no se quiere decir otra cosa: *Las acciones sublimes nacen de elevados pensamientos.* Las palabras *sublimidad* y *remonte* son abstractas, y por su misma espiritualidad no hacen impresion á los sentidos. Ademas su significacion, no definida por faltarle el artículo, es mas vaga, y el pensamiento queda ahogado y oscurecido con la supresion del verbo: esta concision eliptica deja incompleta la sentencia.

Todas las palabras vagas é indefinidas oscurecen, enfrian y enervan la espresion. No persuaden, porque prueban poco; no mueven, porque no presentan objetos claros y conocidos; no deleitan, porque se apartan de la naturaleza.

Pero, como es mas fácil hallar el género que la especie en todas las cosas; por esto son tan pocos los escritores que llevan en sus palabras el convencimiento: porque no todos saben elegir las mas propias, precisas, y características para clavar los objetos en nuestro ánimo. Si digo de

Caligula: *fué un príncipe malo*, nada digo porque nada particularizo, pues otros príncipes lo han sido tambien, mas no en tanto grado, ni del modo que lo fué Caligula. Si hablando de la fluidez del azogue, digo *es una verdad notoria*, digo poco: si adelante, *es una verdad visible*, ya digo mas porque vengo á dar á un objeto espiritual como es la verdad, materia y color; pero si digo, *es una verdad palpable*, no puedo decir mas, porque entónces le doy, no solo materia y color, sino cuerpo y solidez. *La paciencia forzada* (dice el P. Nieremberg) *no tanto es paciencia, quanto impaciencia sin manos y muda*, como si dijera que no puede obrar ni quejarse. Y aunque de este modo espresaria una accion, se personifica mas la paciencia del otro, dándole figura viva, pues le da manos y lengua.

De los Epitetos.—Los epitetos, llamados por otro nombre adjetivos ó adjuntos, son las palabras que acompañan al nombre sustantivo para demostrar las calidades, ya intrínsecas, ya extrínsecas del sugeto, ó cosa que representa. La gramática los considera como una parte de la oracion, sin atender á su mas ó menos energia, gala, ó hermosura, ni á su mas ó menos espresiva calificacion de las cosas. Pero el orador que no los usa con tanta frecuencia, ni tan libremente como el poeta, los desecha como ociosos si no hacen efecto, esto es, si no ilustran, ó realzan, ó califican al sugeto. En las composiciones poéticas suenan bien el sol *dorado*, la *argentada* luna, la *blanca* nieve, la *cándida* azucena, etc., por la suavidad y gracia del metro; mas en la elocuencia serian sobrepuestos inútiles, y muy afectados afeites. Los epitetos contribuyen en gran parte al

vigor, energia y nobleza de la sentencia, mayormente si son figurados, como; el brazo *vencedor* de Alejandro; las águilas *triumfantes* de Cesar, *encumbrados* pensamientos, etc. Leemos en el P. Marquez, que conoció mas que ninguno la hermosura y valor de los adjetivos, la siguiente sentencia: *Para corregir pensamientos dulces de nuestra perdicion, es el mejor remedio un pecho lleno de Dios, amargo autor de toda mortificacion y penitencia.* ¡Cuánto realza la caridad de los pensamientos lo *dulce* por los sensuales, y lo *amargo* al divino autor que los reprueba y condena! Nada perderia la oracion desnuda de estos adjuntos, pero mucho la sentencia; no padeceria la gramática, mas sí la elocuencia.

Los epitetos no solo se usan para el ornamento de la oracion, y gravedad, y energia del decir, como el *acerado puñal*; sino para los afectos y espresion de los sentimientos del ánimo, cuando buscamos la fuerza y significacion de los nombres de las cosas, y no podemos hallarla, como cuando Antonio Perez, queriendo consolar á sus tres hijos pequeños, que por odio del padre perseguido y prófugo sufrían dura prision, les escribe: *Vuestros agravios me hacen á mí inocente, y á vosotros mártires. Pero tales tormentos en pellejos niños, en almas niñas, acá y allá han de ver la satisfaccion.* El adjetivo *niño* aplicado á pellejos y almas, sobre lo nuevo y feliz de su eleccion; no espriime lo mas enérgico de la mayor ternura, y lo mas espresivo de la edad de la infancia inocente? Los epitetos verdaderamente adecuados, deben añadir alguna idea al sentido de la frase, de suerte que, suprimidos, pierda aquella gran parte de su mérito.

Con ellos distinguimos y diferenciamos, añadimos ó disminuimos; y así pertenecen á la elocucion. Vemos, pues, que unos añaden gracia, como estos la *risueña* aurora, las *doradas* mieses; otros, dignidad, como *augusta* estirpe, *venerable* antigüedad: otros dan incremento, como poder *supremo*, valor *intrépido*, mar *inmenso*: otros decremento ó disminucion, como *humilde* cama, ánimo *apocado*; otros, cierta energia, como clamor *profundo*, combate *encarnizado*, luz *moribunda*: otros, vehemencia, como ladron *desalmado*, tirano *desapiadado*: otros esplican la cosa á que van adjuntos, y le sirven de definicion, como moral *evangélica*, censura *teológica*, poder *arbitrario*, gloria *eterna*. En estos cuatro ejemplos el epíteto concreta el sentido indefinido y vago del sustantivo *moral*, *sensura*, *poder*, y *gloria*.

Otros epítetos deben adecuarse tan estrechamente al sugeto, que formen, si puede ser, su atributo, como: *El piadoso Numa suavizó su pueblo con la religion.*—*El temerario Carlos XII. pereció en el peligro que buscaba.* Los epítetos *piadoso* y *temerario* son perfectamente adecuados, el uno á la obra de instituir la religion; y el otro, á la accion de esponerse un rey como granadero. De este feliz discernimiento nace la ajustada congruencia de los epítetos con las calidades de las cosas que acompañan en tal ó tal hecho, ó circunstancia. Si de Numa dijéramos el *justo Numa*, y de Carlos, el *generoso Carlos*; caeríamos en una clásica incongruencia, sin embargo de que estos últimos epítetos señalen calidades que cada uno de aquellos principes poseían; porque los hechos que aquí se refieren no

tienen relacion á la justicia, ni á la generosidad. Pero cuando queramos revestir las cosas y los sugetos con los epítetos que los caracterizan, buscaremos aquellos que el uso general haya autorizado, como nacidos de la misma naturaleza, ó calidad preeminente, y mas notoria que distinga á uno de los demas de su especie, como: el *sabio* Alfonso, el *ambicioso* Alejandro, el *justo* Aristides, el *avariento* Cresos, la *docta* Atenas, la *opulenta* Tiro. Aquí hacen oficio de superlativos los epítetos.

En fin todo epíteto, de cualquier modo, y en cualquiera caso que se considere, debe decir ó esplicar algo; porque si solo tiene una conveniencia general ó remota con el sugeto que acompaña, es ocioso, é inútil, como si se dijera la *plácida* paz, siendo mayores que agradar y deleitar los provechos que redundan de ella: la *estruendosa* guerra, no siendo el estruendo lo que se experimenta ó se teme en ella solo y principalmente. Los epítetos de esta naturaleza han de hacer forzosamente flojo, frio, y hueco el estilo; ni socorren á la necesidad, ni ayudan á la energia, ni prestan luz y esplendor.

Sea ejemplo de estos casos lo que dice un historiador hablando de las guerras civiles de Francia: *Estos dos partidos implacables se sustentaban con la sangre inocente del pueblo.* Los dos epítetos *implacables*, é *inocente* añaden á la idea principal otras secundarias que caracterizan las circunstancias de aquellas guerras: la de *implacable* demuestra la obstinacion de no perdonarse, ni ceder las dos facciones; y la de *inocente* pinta el pueblo sacrificado á la ambicion de los grandes. Podia haber dicho el autor *partidos crueles*,

sangre *preciosa*, y hubiera dicho una verdad, mas no la que calificase el género de calamidad que causaban unos y padecian otros. Para conocer el verdadero valor de un epíteto, véase, si, poniendo otro en su lugar, dice mas que el primero. Siempre que espresa mas, es prueba de que el autor no supo hallar la imágen propia del hecho, ó de la cosa, en aquella ocasion ó circunstancia.

Si es verdad que los epítetos dan muchas veces espíritu y vigor á la oracion; tambien la confunden y embarazan multiplicados con indiscreta prodigalidad. Ademas, un epíteto puesto fuera de tiempo y sin necesidad, enerva la espresion. Por egemplo, aquel que dijo: *resistia las molestas injurias del tiempo como un duro mármol*, no advirtió que el epíteto *molestas* era superfluo, porque todas las injurias lo son; y que igualmente lo era el otro *duro*, pues no añade al mármol idea ninguna que no encierre en sí este nombre. Lo mismo podemos decir de estotra oracion: *No pudo vencerla, ni á fuerza de suspiros exhalados, ni de lágrimas vertidas*. Los epítetos *exhalados* y *vertidas* están puestos sin necesidad, y se deben despreciar como ociosos y redundantes. Los escritores estériles de ideas, y de flaco ingenio, suelen ser pródigos de epítetos, creyendo que así visten la desnudez del periodo y enriquecen la pobreza de sus conceptos. Es comunmente el defecto en que caen los jóvenes retóricos, y los escritores bisoños. Su caudal es escaso, y su gusto no está formado: por consiguiente la pompa y una idea falsa de adorno llaman sus ojos y su atencion. En algunos trópos, como la metáfora, antonomasia, metoní-

mia y perífrasis, se verá el uso á que se aplican algunos epítetos.

Los diminutivos afeminan y hacen lascivo el lenguaje, y le hacen perder toda gravedad. Nuestro idioma solo los admite, y muy pocas veces, en estilo familiar y jocoso; y en casos afectuosos y tiernos puede la elocucion admitirlos alguna vez, para suavizar la diction. Los aumentativos tienen la desgracia de ser vulgares, y asi solo los admite el estilo satirico y burlesco, y los desecha el grave y culto.

Despues de la buena eleccion de los epítetos que caracterizan y definan la esencia de las cosas que califican; es necesario todavia, para no faltar á la exactitud y precision del lenguaje, distinguir la diferente fuerza y sentido que reciben de su diferente colocacion, ya antes, ya despues del nombre que acompañan. Esta diferente colocacion indica, ó calidad inherente á la cosa, ó accidental; calidad adquirida, ó natural; cosa que ha sido, ó que puede ser; ó el estado activo, ó pasivo. Este punto, que no es de los menos esenciales, ha sido olvidado de los retóricos, y poco meditado de los criticos que han tratado de la metafísica del lenguaje; asi no es de admirar que se hayan desentendido de esta calidad de la elocucion los oradores, y escritores mas perfectos en las demas. Muchos han buscado la armonia, y no la precision; han completado el número, y dejado vacío el sentido de la idea: de aqui ha nacido esta arbitrariedad en colocar los epítetos, como si la prosa, siempre rigurosa y exacta, pudiese seguir la licencia ancha de la versificacion, donde se consulta mas con el deleite del oido que con la rectitud del discurso. Al poeta le es

indiferente decir el céfiro *blando*, ó el blando céfiro; el *verde* prado, ó el prado *verde*, segun le acomoda para la medida, el ritmo, y la rima. Sobre este punto remito al lector á lo que se dejó aclarado con egemplos en la pág. 81 en que se trata de la colocacion de las palabras.

Diferencia del número.— Contribuye mucho para diversificar, ó animar la espresion, no solo la mudanza de caso, tiempo, persona, y genero; sino la de número. Cuando queremos que el pensamiento conserve mayor fuerza y grandeza en corto espacio, reducimos el número plural á singular, porque, cuando se reunen muchas cosas en una, se da mas cuerpo á la sentencia.

Oigamos lo que dice Moisés en su cántico: *El Señor ha precipitado en el mar el caballo y el caballero.* Aquí el singular, que abraza la totalidad de los caballos y de los ginetes, es mucho mas enérgico que el plural; porque en este caso es mucho mas propio y eficaz para mostrar la facilidad, la prontitud, y tambien la instantaneidad de la sumersion: no menos que de la innumerable caballeria egipcia que cubria inmensas llanuras. Ademas, el número singular indica un solo instante, un solo acto, un solo golpe de la diestra de Dios, para consumir, una obra en que las fuerzas humanas necesitarian de la sucesion de repetidas victorias. El singular espresa tambien que el Señor ha abismado un egército entero como si fuese un caballo y un ginete solo. Cuando Calígula, convencido de su impotencia, deseaba que el pueblo romano no tuviese mas que una cabeza, habia concebido la misma idea, y así sabia bien lo que deseaba.

Del mismo modo podemos decir: *El hombre*

llegó á desconocer á su criador. Este singular *hombre* forma un sentido colectivo y universal, que no solo incluye todos los hombres, mas en cierta manera abraza á la misma naturaleza humana. Así se dice en el Génesis: *Pesó á Dios de haber criado al hombre*, como si dijera, *á la especie humana.* Con la misma concision decimos: *El pobre come pan de lágrimas*; como si dijese, *todos los pobres*, y todavía mas, *el estado y condicion de pobre*, que comprende los pasados, presentes, y futuros.

Otras veces usamos de los plurales, que tambien tienen gran significacion para espresar, no el valor, esencia y virtud de las cosas, sino su abundancia, su estension, su frecuencia, su uso muy comun, sus diferentes especies. Cuando decimos: *Los corazones de los hombres están pervertidos*, significamos algunos corazones, la mayor parte de ellos; á diferencia de decir *el corazón del hombre* que, tomado en singular parece que no escluye ninguno, y que es pervertido por naturaleza: así como cuando decimos *el hombre es mortal.*

Son cosa muy magnífica alguna veces los plurales, porque la multitud que comprenden les da sonoridad y énfasis. Tales son, como en este egemplo: *¡Ó funesta codicia! Tu engendras el odio y la discordia entre padres, hijos, hermanos, maridos, mugeres, y madres!* Todos estos diferentes nombres no significan mas que una sola persona, que es el hombre; pero por medio de este número singular, distribuido y multiplicado en diferentes plurales, se multiplican en cierto modo las personas, siendo una sola, considerada bajo de distintos estados y relaciones de sangre y parentesco.

Por este mismo género de pleonasmó se puede citar un pasage de Platón acerca de los Atenienses: *No son Pélopes, Cadmos, Egistos, Dánaos, ni hombres bárbaros los que viven entre nosotros: Griegos somos, apartados del trato de naciones incultas, los que habitamos esta Ciudad.* En efecto todos estos plurales, así juntos; no hacen concebir una mayor idea de las cosas; pero se debe usar de esta figura oportunamente. y en los lugares en que el asunto ó la pasión piden que se amplifiquen, acrecienten, ó exageren.

Sirven los plurales, no para abultar el número de los cosas simplemente, sino el de sus efectos, y la repetición de actos. *Violencias, muertes, robos, incendios, y asolamientos acompañaban á los Escitas en sus marchas*, dice un historiador. El número plural multiplica estos desastres, y los derrama de modo, que parece que los vemos con los ojos sucederse frecuentemente los unos á los otros en distintas partes por donde pasaba aquella gente feroz. Diciendo *la violencia, la rapina, el asesinato, el incendio, y la destrucción acompañaban en sus marchas á los Escitas*, se presenta en singular la misma oración, tal como se suele usar en frances, y tal como se tradujo en castellano en un papel público donde la ley poco tiempo hace. Considere el desapasionado; cuanta mas fuerza tiene para pintar la multitud de males el plural que el singular! *La violencia, la rapina*, etc. están personificadas, se representan como compañeras de los Escitas, pero sin acción, ni movimiento visible, mas como vicios que como actos viciosos.

Hay nombres que por su significación abstracta no se deben usar en plural; como por egem-

plo, *gula, lujuria, avaricia, soberbia*. Sin embargo, Fr. Luis de Granada nos da un valiente egemplo del valiente efecto que hace aquel número en ciertos casos en que el orador quiere espresar la frecuencia, y no la esencia, de un vicio. Oigámosle como esclama en el libro 1.º cap. 3o de la Guia. *¿Qué dije del abuso que hacen los hombres de todos los otros beneficios de Dios? De la mar se sirven para sus gulas; de la hermosura para sus lujurias; de los frutos y bienes de la tierra para sus avaricias: de las habilidades y gracias naturales para sus soberbias.* En esta distribución no se propone el autor enumerar cada vicio en su género, sino sus diferentes especies, y los diferentes actos y maneras de obrarle en que puede dividirse el antojo del hombre corrompido.

Y para otro egemplo de que entre el singular y el plural hay la diferencia como de la potencia al acto, contemplamos la *niñez* como un estado ó periodo de la vida del hombre; y las *niñeces*, como obras, juegos y afectos de aquella edad. *Mocedad* es el segundo periodo de nuestra vida; pero *moiedades* se toman por travesuras, devaneos, galanteos, y otras habilidades propias de aquellos años. Lo mismo se puede decir entre *vejez y vejeces*; aquella es la edad; y estas son miserias y pensiones de la edad. Decimos *tristes memorias*, como recuerdo de cosas ya muy pasadas; y *triste memoria*, como de cosa reciente ó presente aun.

Y aunque podemos decir, sin faltar á la propiedad, las *iras*, las *envidias*, los *temores*, las *esperanzas*, etc.; no nos es permitido usar del plural en estos nombres, como las *clemencias*,

las *mansedumbres*, las *modestias*, las *vergüenzas*, etc. La diferencia de número en estos egemplos procede, á mi juicio, de que solo las pasiones fuertes, ó las criminales, admiten el plural, aunque se refieran á un particular individuo, porque toda perturbacion, ó depravacion del ánimo puede encerrar en sí varios modos, grados, especies, y diferencias. Así decimos la *clemencia* de los príncipes, y las *iras* de los poderosos, porque la clemencia es una, nace de un solo principio, es indivisible, es perfecta en sí, es un bien íntegro que no admite medianía, ni disminucion. Pero la ira puede venir de diferentes principios, y moverse por distintas causas ó fines; puede, además, ser mas ó menos maligna, mas ó menos descubierta; es finalmente un mal que puede comprender muchos defectos.

De la fuerza y energía de los pronombres.— Parecerá á muchos cosa indiferente, y no á pocos ociosa, examinar aquí el uso que se puede hacer de los pronombres, traídos y colocados de modo, que siendo una de las partes menores de la gramática, sean útiles instrumentos de la elocuencia.

Empezando por los demostrativos, hallaremos que dan mucha energía y énfasis al pensamiento, puestos en el lugar de su efecto, como en estos egemplos: *Tigranes, aquel rey de Arménia, cuyo soberbia no podia sufrir que...*—*No hablaremos de aquel Vitelio que, encenegado en torpezas, no...*—*No, espantó Sila con aquel su horrible gesto al augúr Múcio Escévola...*—*No permitiré, dijo Caton, que, por alargar cuatro dias esta mi cansada vejez, se declare...* En todas estas oraciones, atendiendo solo á su sentido recto sencillo, y natural, ninguna falta harian los pro-

nombres *aquel*, ni *este*, porque sin pecar contra la gramática, ni contra la retórica, bien se podia decir: *Tigranes rey de Arménia; ó sino el rey de Arménia Tigranes, que...* *No hablaremos de Vitelio, que...* *No espantó Sila con su horrible gesto...* *Por alargar cuatro dias mi cansada vejez.*

Pero, cuando la fuerza del pensamiento, ó de la pasion pide la fuerza en la espresion; la elocuencia saca su poder de aquello que parece no ser de algun valor. Cuando de Tigranes, decimos *aquel* rey de Arménia, queremos traerlo á la memoria como objeto de indignacion. Cuando decimos *aquel* Vitelio, lo venimos á presentar como objeto de desprecio. Cuando el otro dice *esta* mi cansada vejez, parece que la tiene en poco, poniéndosela ante los ojos como una carga pesada.

Cuanto valor y energía tengan á veces los pronombres demostrativos sobre los artículos enunciativos, se puede ver en este egemplo. *Toma aquello que necesitas, y da aquello que te sobra.* Es mas eficaz, mas evidente el objeto de la cosa que se toma y se da por esta manera, que diciendo: *toma lo que necesitas, y da lo que te sobra.*

En el uso de los pronombres posesivos, mio, tuyo, suyo, vuestro, y nuestro, hay tambien que advertir acerca de su repeticion ó supresion. No pretendo hablar aquí de los efectos que causan, ya lo uno, ya lo otro, para la exornacion ó valentía de la sentencia; porque lo primero pertenece á la *repeticion*, y lo segundo á la *congerie* ó aglomeracion, la una figura de diccion, y la otra de pensamiento.

Uso de voces espletivas.—No merecen poca atencion las palabras y partículas espletivas, para

dar fuerza y énfasis á la espresion. Casi siempre son adverbios, que colocados en tal ó tal lugar de la frase, dan á entender mas de lo que significan en sí mismos. Cuando decimos: *como sucedió allá en Egipto—Confiesa, si, su delito.—Trato ya de vivir—Esto, si, que es sufrir—Pues, no bastan dos?—Qué! hemos de padecer siempre?—Y, no podrá venir?—Ya no nos veremos!* bien pudieran omitirse todas estas voces *allá, si, pues, y, ya;* pero la frase quedaria sin aquella fuerza de sentido que saca de estas partículas elípticas. Dice *allá en Egipto*, es decir, en aquel pais remoto Egipto: *Confiesa, si, su delito*, lo mismo que confiésalo sin rebose: *Trato ya de vivir*: esto es, veo que es tiempo de tratar de vivir: *Esto, si, que es sufrir*, esto es mucho sufrir. Pues, *no bastan dos?* quién dirá que no bastan dos? *Qué! hemos de padecer siempre?* tengamos confianza ó esperanza de no padecer siempre. *Y no podrá venir?* Será posible que no venga? *Ya no nos veremos!* no hay esperanza de vernos mas.

Honestidad de las palabras.—La decencia oratoria destierra de la elocucion todas las palabras obscenas, todas las locuciones torpes, é indecentes. Aquí es donde se muestra la delicadeza del escritor para escoger las mas honestas y puras, no solo en su significacion, sino en su sonido, que sin oscurecer el pensamiento oculten su fealdad y suavicen la espresion. Habiendo de nombrar las *tetas*, diré los *pechos*; en vez de *papo*, diré *papada*; en vez de *vergüenzas* diré *pudendas*, pues para dar un velo á las voces demasiado desnudas, es oportuno latinizarlas. La perifrasis, ú otro tropo bien manejado, será

un gran recurso en estos apuros. *El importuno triunfó de su resistencia*, dice un autor, por no decir la *forzó*. Con este comedido y mesurado rodeo de palabras esconde el autor la descripción de un hecho deshonesto.

En la clase de las palabras deshonestas entran todas las que significan objetos que naturalmente cubrimos y escondemos de la vista de las gentes; y estas se han de declarar con nuevos y apartados modos de decir como: No conoció muger en su vida, por no usar de otra palabra mas cercana que signifique lo que queremos dar á entender.

En la clase de sucias entran las que representan las necesidades ó dolencias corporales, que se han de disfrazar con otras metafóricas, ó de cualquier suerte trasladadas. En este punto es loable la costumbre de los médicos, cuando no se apartan del Diccionario de la facultad, y este es el solo que debe consultar todo escritor en tales casos.

PARTE SEGUNDA.

DEL ESTILO.

Antes de discurrir sobre los tres géneros del estilo oratorio, trataremos de las calidades del estilo en general, que constituyen la segunda parte de la elocucion; cuales son, *orden, claridad, naturalidad, facilidad, variedad, precision, y decoro.*

El estilo en general es aquel aire ó forma con que el escritor ú orador declara sus pensamientos; y en esto se diferencian, y se retratan, como en la fisonomía, las personas. Así vemos que uno